

LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

15 de agosto

Ap 11, 19a; 12, 1-6a. 10 ab

Salmo 44

1 Co 15, 20-27

Lc 1, 39-56

1. María es la madre de Jesús. María, por eso, es la madre de Dios-hecho-hombre. María es nada menos que la madre de Dios-hecho-hombre, y nada más que eso. Una mujer como todas las demás, lo que nos hace seguro el hecho de que Jesús era perfectamente hombre, realmente humano, y no un Dios disfrazado de hombre. Cuando Dios tomó la carne y la hizo suya lo hizo con todas las consecuencias. Porque su carne iba a tener una unión íntima con la carne de Dios-hecho-hombre, María fue preservada de todo pecado desde su concepción, es decir, desde que ella fue concebida por sus padres. Pero todos los dogmas marianos son ejemplares y eclesiológicos: Nos revelan algo sobre la Iglesia y algo sobre cada uno de nosotros sus miembros. El dogma de la Inmaculada Concepción también nos revela algo sobre nosotros: Si nosotros no quedamos inmaculados (limpios de todo pecado o mancha) por nuestro bautismo, María tampoco lo fue desde su concepción. El bautismo nos hace miembros del cuerpo de Cristo, nos da esa unión íntima con la carne de Dios-hecho-hombre que tuvo María al concebir en su seno a Cristo.

2. Por haber sido concebida sin pecado María es, como nadie, la mujer nueva, la nueva Eva. Con ella comienza la nueva humanidad en la que el pecado no tiene derecho a existir, en donde debe llegar a ser (el pecado) sólo un mal recuerdo del pasado; el pecado y todas sus consecuencias: el dolor, la injusticia, la muerte. La Asunción de Nuestra Señora expresa que María, por su íntima unión con Dios-hecho-hombre y por su fidelidad en el amor, está ya resucitada, está ya en plena posesión de Dios. El dogma de la Asunción nos revela lo que será nuestro fin, en qué acabará nuestra vida, en qué acabará la vida del hombre, la vida de los seres humanos. El dogma de la Asunción nos revela que toda nuestra persona está destinada a resucitar, a entrar en plena posesión de Dios. Prueba de ello es que un ser totalmente humano, un ser exactamente como el nuestro, el ser de María, está ya en plena posesión de Dios. Cada uno de nosotros, como miembros del cuerpo de Cristo, está destinado a resucitar como Cristo, eso ya se ha efectuado en María, igualmente se efectuará en todos los miembros del cuerpo de Cristo, porque algún día la cabeza entera y el cuerpo entero estará resucitado y glorioso.

3. En la primera lectura sacada del libro del Apocalipsis, se nos dice que no nos desanimemos nunca. Que aunque el mal parezca hacer despliegue de su poder y fuerza, o de toda su malicia, Cristo acabará triunfando y el triunfo de Cristo es la primicia, el prólogo, del triunfo de cada uno de los seguidores de Cristo, porque donde esté el Señor allí estarán también sus servidores. A través de la toda esta pirotecnia celestial que se nos describe simbólicamente en relato del Apocalipsis, se nos anuncia el triunfo de la Iglesia, cuerpo de Cristo.

San Pablo a los cristianos de Corinto, insiste en que no se puede hablar de María sin hacer referencia a Cristo. El triunfo de Cristo es el triunfo de su madre, María, y es como una prenda segura del triunfo definitivo de cada uno de nosotros. Lo que se afirma de María se afirma de toda la Iglesia, cuerpo de Cristo. La ascensión de María es el triunfo anticipado de la Iglesia.

La visita de María a Isabel, que nos relata el Evangelio, es un episodio sencillo de una vida humilde al servicio de los que necesitan ayuda. Con la fiesta de la Asunción celebramos el triunfo grande que Dios reserva a las vidas humildes, a las vidas de los humildes que dedican su vida a servir por amor a sus semejantes. Fijémonos en cómo María, con frases que hasta podrían parecernos duras, dice que se alegra de que Dios le "dé vuelta a la tortilla", de que "los que siempre han estado" tengan que ceder su lugar acostumbrado a los que jamás soñaron sentarse en un trono u ostentar el poder. María dice que se alegra de que Dios llene de sus bienes a los pobres y despida con las manos vacías a los que siempre las han tenido llenas.

Al llevar a María a la plena posesión de Dios, por su ascensión, Dios mismo hace triunfar al pueblo de los humildes. La Asunción de María es su resurrección, igual que al ascensión de Jesús no es sino el desenvolvimiento de la misma idea teológica encerrada en la verdad de su resurrección.

Padre Antonio Díaz Tortajada